

**BREVE HISTORIA
DEL ÁFRICA
SUBSAHARIANA**

Eric García Moral



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del África subsahariana*
Autor: © Eric García Moral

Copyright de la presente edición: © 2016 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: Afrika map 1660

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-829-0
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-830-6
ISBN edición digital: 978-84-9967-831-3
Fecha de edición: Enero 2017

Impreso en España
Imprime: Liber Digital Impresión
Depósito legal: M-41188-2016

A mi abuelo José,
de quien heredé el gusto por escribir.

A mi abuelo Francisco,
a quien me hubiese gustado regalar este libro.

Y a mis padres,
cuyo apoyo me llevó en volandas
hasta el sur de Senegal.

Índice

Prólogo.....	15
Capítulo 1. África tiene historia	17
Capítulo 2. La cuna de la humanidad	25
Dos maneras de ver el mundo: la divergencia neolítica	29
Capítulo 3. Entre Egipto y el Índico	33
Egipto, ¿el país negro?	33
Kush, más que el jardín trasero de Egipto	40
Capítulo 4. Los siglos oscuros	49
Entre los relatos y la arqueología	50
La costa de las riquezas	54
Axum, un reino cristiano en África Oriental	56

Capítulo 5. La era de los imperios (ss. IX-XVI)	63
La sabana imperial	63
Gran Zimbabue, la fortaleza de piedra	94
Preste Juan, leyenda y realidad	98
¿Quiénes eran los suajilis?	105
Capítulo 6. Esclavos y predadores	109
El hombre blanco llegó a las costas	109
Esclavistas y predadores	119
Más allá de las cifras	129
Europeos en el sur de África	138
Capítulo 7. El siglo sangriento	141
Abolición y comercio legítimo	142
El retorno de los esclavos	146
Las revoluciones musulmanas	154
La mesa de Berlín y las reglas del juego	159
La resistencia	164
Capítulo 8. Bajo el yugo colonial	183
Dos caras de una misma moneda: gobierno directo y gobierno indirecto	183
La Gran Guerra en África	187
Occidentalizados: la formación de una nueva élite	197
África y la Segunda Guerra Mundial	200
Capítulo 9. La descolonización	213
El amanecer de las independencias	213
Las cicatrices de la colonización	218
Las luchas contra Portugal	229

Capítulo 10. Estados africanos en la encrucijada	235
La Organización para la Unidad Africana (OUA)	235
Invencción y fracaso del Estado nación	238
Militares, deuda externa y liberación (1970-1980)	251
La invasión de las siglas: PAE, ONG y VIH	265
Ruanda, las raíces históricas del genocidio	268
Presente y futuro, luces y sombras	275
 Epílogo	 283
 Cronología	 289
 Glosario	 299
 Bibliografía	 303



Mapa actual de África

Prólogo

El periodista Xavier Aldekoa evocó la imagen de un océano para definir la diversidad del continente africano. Para mí, la historia africana es como un universo infinito, repleto de recovecos por descubrir y otros que nunca serán hallados, con tantos planetas, sistemas y galaxias que resulta complicado hablar de «África» y pretender abarcarlo todo. Esta es la razón por la que el libro empieza con una sincera advertencia para el lector. En estas páginas no encontrará «la historia africana» en su totalidad, sino sólo una parte de ella. Resumir miles de años en una obra breve es una ardua tarea, incluso me atrevería a decir que es un propósito imposible de alcanzar. Es inevitable que algunos temas queden en el tintero mientras otros tengan una cierta preeminencia. Los aquí elegidos son los que yo mismo, como historiador africanista, he creído adecuados para dibujar un retablo

general de la historia africana, de su riqueza, contradicciones y diversidad. Todo ello a partir de episodios concretos que ayudan a entender dinámicas más amplias. Otro autor quizá hubiese preferido centrarse en otros puntos y optado por un enfoque diferente. En mi caso, he intentado alejarme de generalizaciones y ofrecer una visión panorámica de las realidades históricas, conectando África con el mundo y resaltando aquellos aspectos que me parecen fundamentales a la hora de entender a las sociedades del continente, incidiendo en la perspectiva africana sobre su propia historia. Puede considerarse este libro como un pequeño telescopio que permite atisbar un diminuto espacio del universo africano, uno que espero que despierte las ganas por descubrir el continente, por acercarse a él y conocerlo de forma íntima.

También debo advertir al lector de que en las siguientes páginas no se hablará del continente en su conjunto, sino del África subsahariana o África negra que es, precisamente, la región más maltratada por los tópicos. Es por ello que el libro pretende ser un mazo con el que derrumbar los estereotipos sobre los africanos y su historia, pero también una ventana a través de la cual observar, telescopio en mano, a unas sociedades que han caminado durante siglos por senderos diferentes al nuestro.

África tiene historia. Para todos aquellos que la visitéis por primera vez, bienvenidos. Y para los reincidentes, espero que vuestro interés siga creciendo a través de estas páginas.

1

África tiene historia

El título de este capítulo puede parecer una obviedad, pero no lo es tanto si nos detenemos a pensar en cuánto conocemos sobre la historia africana. Si saliéramos a la calle y entrevistáramos a cien personas escogidas al azar, la inmensa mayoría evocaría las mismas imágenes al hablar de África: pobreza, sequías, hambre (las tres con niños enfermos o famélicos como protagonistas), violencia, y a Nelson Mandela, que parece ser la única figura histórica del continente que ha logrado captar nuestra atención. Por supuesto, todo ello existe en África, pero también existe en el resto del mundo y no en todos los lugares se toman casos concretos como ejemplos de todo un conjunto. La imagen de un continente salvaje, atrasado y misterioso ha captado también la atención del público, pero este pocas veces ha decidido indagar si el contenido sobre África que se le ofrece, desde los medios de comunicación o incluso

en las escuelas, es justo con la realidad africana. Resulta demasiado común pensar en las sociedades africanas como grupos de personas divididas en tribus atávicas, con costumbres anticuadas y modos de vida superados en Occidente siglos atrás. De este modo, la historia de África se perfila como algo estático, detenido en el tiempo, sin ningún tipo de evolución. Y así, África parece un continente cuya historia empieza cuando los europeos iniciaron la conquista colonial o, en el mejor de los casos, cuando los europeos emprendieron el abyecto comercio de esclavos. Pues bien, este libro pretende demostrar lo contrario y situar a los africanos en el lugar que les corresponde en la historia del mundo. La historia de África no es una sucesión de tribus luchando entre ellas, nunca lo fue, no al menos desde la prehistoria. Las tribus, en África, hace tiempo que no existen en el sentido en el que las imaginamos y las que aparecen en documentales no son más que excepciones y ejemplos postreros de modos de vida muy antiguos. Al hablar de tribus se simplifica el espectro sociocultural de las sociedades y se niega su capacidad para constituir organizaciones complejas, cosa que, como demostraremos, abundaron —y abundan— en África.

África es la cuna de la humanidad, así que podríamos decir que su historia es la más longeva. Desde la prehistoria las sociedades africanas siguieron su propio camino hacia el presente. Su ruta no fue la misma que en otros lugares del mundo, ni tampoco su lugar de partida. Las sociedades africanas comparten rasgos culturales comunes entre ellas pero también una rica diversidad y pluralidad que resulta diáfana si tenemos en cuenta las dimensiones del continente.

En África hubo reinos e imperios cuya pujanza fue similar, si no superior, a la de sus contemporáneos del norte. Pocos conocen la historia de estos imperios que dominaron el continente en la llamada época clásica africana y son

Breve historia del África subsahariana



En este mapa del continente, creado por Kai Krause, se pueden apreciar sus verdaderas dimensiones. África resulta más grande que la combinación de Estados Unidos, China, India, Japón y toda Europa.

menos aún quienes saben lo que ocurría en África durante la trata de esclavos atlántica o durante la colonización europea. Esto se debe al hecho de que al hablar de historia africana, por ejemplo en los colegios, en realidad lo que se hace es hablar de la historia de los europeos en África.

La historia africana podría dividirse en diversas etapas: prehistoria, antigüedad, siglos oscuros (ss. I-VII d. C.), época clásica (ss. IX-XVI d. C.), período predador (ss. XVII-XIX d. C.), período colonial (ss. XIX-XX d. C.) y período independiente

(ss. xx-xxi d. C.). Por supuesto, la historia no se divide en compartimentos estancos pero esta división nos permite crear un esquema mental en el que situar los acontecimientos que estamos a punto de narrar.

Los historiadores contamos con diversas herramientas para reconstruir la historia africana. Las fuentes escritas no son tan abundantes como en otros continentes debido a que en África la transmisión de conocimientos se realiza en general de manera oral. Pero este hecho no puede llevarnos a pensar que las fuentes escritas no existen. Estas existen desde tiempos antiguos, en Egipto. Más tarde los escritores grecorromanos dejaron sus testimonios sobre las zonas de África que visitaron, principalmente el norte del continente, y el territorio circundante al Egipto. A estos les siguieron los autores árabes, como el famoso viajero Ibn Battuta, que describieron las sociedades con las que contactaron en África Occidental y en la costa oriental. Al entrar en la órbita del islam, los sabios africanos también empezaron a escribir en árabe, dejando para la posteridad libros y textos de incalculable valor para reconstruir la historia precolonial de muchos puntos del continente. En la ciudad de Tombuctú, al norte de Mali, se hallan miles de pergaminos y manuscritos que datan de muchos siglos atrás. A partir del siglo xv también contamos con los testimonios escritos por los europeos que empezaron a navegar por las costas africanas y a penetrar tímidamente en el interior. Los documentos coloniales siguieron a los de los exploradores. Resulta evidente, pues, que la mayoría de fuentes escritas sobre el continente las elaboraron personas extranjeras, por lo que dichas fuentes ofrecen en muchos casos una perspectiva ajena a las sociedades africanas. ¿Dónde podemos encontrar la perspectiva africana? La respuesta es sencilla: en las fuentes orales.

La oralidad, la transmisión de conocimiento a través de la palabra, constituye un elemento clave de las



Momento en el que Sihum Bouit Sambou, miembro de la corte de sabios de Calobone (sur de Senegal), habla sobre la historia de su pueblo, durante una entrevista en febrero de 2016. Fotografía del autor

culturas africanas. Las fuentes orales, sin embargo, han sido a menudo desdeñadas y etiquetadas como poco fiables por su subjetividad. Quienes acusan a dichas fuentes de ser subjetivas, interesadas y sesgadas omiten mencionar que las fuentes escritas también lo son, pues siempre detrás del texto hay una persona que lo ha escrito con un propósito concreto y en un momento determinado. Entre las tradiciones orales existen dos tipos (más allá de los recuerdos de épocas recientes): las tradiciones fijadas o formales, y las tradiciones libres. Las primeras suelen ser guardadas y transmitidas por castas especializadas, como los griots, que se encargan de repetir historias, genealogías o sucesos de una manera más o menos uniforme de generación en generación. Las segundas son tradiciones que no están fijadas, que no se transmiten de forma unificada, como a

través de una canción o un poema, sino que cada testimonio de la cadena de transmisión lo altera, deforma y explica a su manera. Lo más complicado al trabajar con historia oral es fijar cronologías, ya que estas suelen ser muy vagas. No obstante, hay métodos de contraste que el historiador puede utilizar para analizar estas fuentes: la comparación con otros testimonios orales que hablen de un mismo tema o el recurso a fuentes escritas son los dos más importantes. Durante mi trabajo de campo en el sur de Senegal un sabio me dijo: «Estamos olvidando nuestra propia historia, cada anciano que muere se lleva consigo un conocimiento que se pierde para siempre». Esta frase recuerda a la que pronunció Amadou Hampaté Bah, el erudito africano que dijo que en África la muerte de un anciano era como una biblioteca en llamas. Lo cierto es que en África el conocimiento, además de un privilegio, es también un poder y, como tal, debe ser regulado. Quienes conocen la historia y las tradiciones suelen mostrarse reticentes a desvelarlas a quienes no consideran merecedores de tal privilegio o a quienes consideran que no harán un buen uso de ellas. En las sociedades en las que el conocimiento se transmite a través de iniciaciones el peligro de la pérdida de conocimiento es aún mayor. Por ejemplo, en la región de Casamance, en el sur de Senegal, las iniciaciones tienen lugar cada treinta años. Muchos de mis informantes me confesaron durante nuestras entrevistas que sus padres no solían explicarles muchas cosas porque no estaban iniciados y que, cuando lo estuvieron, sus progenitores ya estaban muertos y se habían llevado consigo toneladas de un saber preciado. Este ejemplo muestra la importancia que tiene la preservación de la oralidad y su dificultad para mantenerse con vida en algunos casos concretos.

Otro recurso del historiador es la arqueología, pero esta (dejando a un lado el caso egipcio y etíope) ha sido poco explotada en el continente debido a varias razones.

Una de ellas es que en la mayoría de la geografía africana las construcciones se hacían con materiales que tendían al deterioro y la erosión, como el barro y el banco. Otra deriva de los exiguos recursos y la falta de medios que han sufrido los arqueólogos, además de las características geológicas de los suelos africanos, que han preservado peor que otros los vestigios del pasado. Contamos, pese a todo, con notables excepciones como las construcciones de piedra que se hallan en el suroeste africano.

Finalmente, el historiador debe recurrir a otras disciplinas que puedan complementar sus investigaciones: lingüística, etnología, antropología, y un largo etcétera que ayudan a llenar los nichos que las fuentes habituales dejan vacíos.

A través de estas fuentes los historiadores han reconstruido la historia del continente y es de su trabajo del que se nutren los capítulos que componen este libro.

2

La cuna de la humanidad

En 1871, Charles Darwin sugirió la probabilidad de que África fuera el hogar en el que nacieron nuestros antepasados. Hoy, esa sugerencia escrita como una hipótesis arriesgada en los años precedentes al colonialismo europeo, es una certeza a la luz de los últimos descubrimientos.

La evolución humana es un tema que ha generado mucho debate a lo largo de la historia, sobre todo en lo referente al origen de la humanidad y a su dispersión por el mundo. En la década de 1980 se sugirieron dos hipótesis contrapuestas: «Desde África» (Out of Africa) y «continuidad regional». La primera, también conocida como «Jardín del Edén» (Garden of the Eden), defendía la aparición de los humanos en el continente africano, desde donde se habrían extendido hasta Eurasia y Australia, sustituyendo a las poblaciones indígenas de los lugares a los que emigraban, sin llegar a mezclarse. La segunda negaba un origen

africano para todos los humanos actuales, aduciendo una evolución multirregional de la humanidad en la que la transición del *Homo erectus* al *Homo sapiens* se dio en diversas partes del mundo de forma paralela.

Hoy en día, las evidencias genéticas y moleculares, además de las fósiles, favorecen la teoría del origen africano de la humanidad. Si bien es cierto que la hipótesis «desde África» es la más correcta, esta ha sido matizada con los años. Desde una supuesta madre africana de la humanidad, la llamada Eva Negra, se ha pasado a hablar, a principios del siglo XXI, de la hipótesis «Sobre todo desde África» (Mostly Out of Africa), que arguye que es posible que los humanos surgieran principalmente en África, pero no exclusivamente. Esto no rechaza el origen africano de nuestra especie, sino que señala posibles hibridaciones en la periferia.

Aun así, los yacimientos y restos más antiguos hallados, datados entre 4,4 y 1,5 millones de años, se encuentran en África. Es sólo a partir de esta última fecha cuando encontramos restos fuera del continente.

En conclusión, a la luz de las evidencias arqueológicas y de los estudios genéticos podemos decir que África es la cuna de la humanidad. El ser humano ocupó primero este continente y luego se extendió a Eurasia y al resto del planeta. Sabiendo que fue en África donde el ser humano dio sus primeros pasos, ¿cómo fue la evolución que nos llevó a ser lo que somos hoy?

Los humanos anatómicamente modernos pertenecemos a la especie *Homo sapiens sapiens*, del género *Homo*, dentro de la familia biológica de los homínidos de la que también forman parte otros primates, parientes cercanos nuestros, como los orangutanes, los gorilas o, sobre todo, los chimpancés. La mayoría de especies de nuestro género, sin embargo, desaparecieron al no desarrollar los mecanismos de adaptación adecuados.

Hace unos 2,8 millones de años tuvo lugar un importante cambio climático, en el período conocido como Plioceno, que se materializó en la formación de glaciares en zonas actualmente templadas y redujo los bosques y selvas tropicales para dejar espacio a grandes sabanas, medio al que nuestros antepasados se adaptaron de manera plena. En África, el impacto de estos cambios fue mayor en el este que en el oeste, lo cual ayuda a entender por qué la evolución humana se dio en el oriente africano. Pero hay otro gran factor que explica la aparición de los seres humanos en esta parte del continente: el valle de la Gran Falla africana, más conocida como Rift Valley. Dicha falla separa África Oriental del resto del continente desde Tanzania, en el sur, hasta el valle del río Jordán, en Oriente Próximo, al norte, siguiendo la línea de los grandes lagos. En el valle al que dio forma la falla, imperaba un microclima particular que acabó favoreciendo el desarrollo evolutivo de los humanos y de otras especies de animales y plantas. Es en esta zona geoclimática donde encontramos el único registro estratigráfico ininterrumpido que contiene restos humanos y prehumanos desde hace cuatro millones de años hasta el presente. Ocurre lo mismo en el famoso yacimiento de Olduvai (Tanzania), en el que el espectro cronológico se reduce a dos millones de años.

Precisamente fue hace más de dos millones de años cuando tuvo lugar una eclosión y diversificación de las distintas especies de homínidos, llegando a existir casi media docena de especies de los géneros *Australopithecus* (*anamensis*, *afarensis*, *africanus*, *garhi*...), *Paranthropitecus* (*aethiopicus*, *robustus*, *boisei*) y *Homo*, cuya aparición se calcula en torno a los 2,4 millones de años. Desde el *Homo habilis*, el primer *Homo* considerado como tal, se sucedió toda una cadena de especies que finalizó con el *Homo sapiens sapiens* (en torno a cien mil años). De manera resumida, el crecimiento y la progresiva complejidad del cerebro (sobre todo



La Rift Valley es la gran falla, de unos cinco millones de años de antigüedad, que provocó la separación de Arabia del continente africano y la formación del mar Rojo. Además, es el lugar en el que se han hallado los restos humanos más antiguos.

en lo referente al lenguaje) y la producción y utilización de instrumentos, así como el cambio en la organización social y el control del sistema ecológico, constituyeron el conjunto de factores que nos hicieron humanos.

El primer *Homo* que salió de África fue el *erectus*, hace un millón y medio de años, ocupando Eurasia y llegando como límite extremo a la isla de Java. Más tarde, hace unos sesenta mil años, comenzó la llamada «primera gran diáspora», en la que la especie humana actual se expandió hacia el resto del planeta. Pero ¿por qué decidieron nuestros antecesores salir de África? Esta pregunta ha sido objeto de debate entre los especialistas y ha resultado en un conjunto de razones diversas: desde las ecológicas y medioambientales hasta la hipótesis defendida por los arqueólogos de

Atapuerca, con Eudald Carbonell a la cabeza, que sostiene que la selección técnica fue un factor muy relevante: quienes emplearon técnicas más sofisticadas y efectivas para dominar el entorno ejercieron presión sobre comunidades menos preparadas que debieron buscar otros lugares en los que prosperar. Los otros motivos que se han barajado son la búsqueda de alimentación vegetal y animal, siguiendo los desplazamientos estacionales de algunas manadas, o la curiosidad por lo nuevo y el gusto por el descubrimiento que caracteriza a nuestra especie.

DOS MANERAS DE VER EL MUNDO: LA DIVERGENCIA NEOLÍTICA

La prehistoria que conocemos ha tendido a ser periodizada desde un prisma eurocéntrico. Por ejemplo, la etapa más larga de la prehistoria, el Paleolítico (piedra vieja), que se extiende desde las primeras evidencias de cultura homínida hasta hace unos diez mil años, ha sido dividida en varios períodos cuya terminología es válida para Europa pero no tanto para el resto del mundo. Baste decir que durante el Paleolítico el hallazgo más abundante encontrado en los yacimientos son herramientas de piedra tallada y que las comunidades que vivieron esta etapa eran cazadores y recolectores nómadas. Durante el período posterior, el llamado Mesolítico o Epipaleolítico, los grupos humanos se fueron haciendo de manera progresiva más sedentarios y empezaron a combinar la caza y la recolección con otros tipos de actividades productivas. Por último, en el Neolítico (piedra nueva), que tuvo cronologías diferentes en diversos puntos del planeta, siendo la región del Sahara-Sahel uno de los puntos nucleares (la etapa se inició alrededor de 7.000 años), tuvo lugar la domesticación de plantas y animales para la producción de alimentos, así como mejoras

tecnológicas como la piedra pulida, y cambios sociales: las poblaciones se hicieron más sedentarias, surgiendo poblados y necrópolis que señalaban una nueva vida en comunidad.

Sin embargo, de este período nos interesa resaltar algo que ocurrió en una dimensión etérea del ser humano: el pensamiento.

Durante el Neolítico se fue conformando una determinada cosmovisión, una forma de ver y entender el mundo. Esta percepción fue diferente en el norte (estepa euroasiática) y en el sur. Como ya hemos señalado, el Neolítico se inició en momentos diferentes en lugares distintos. Pero tanto en Europa como en África se dio el paso de una economía de caza y recolección a otra que perseguía el objetivo excedentario, es decir, la acumulación de alimentos para la comunidad. Pese a los estereotipos que planean sobre el continente, los pueblos africanos han sido desde hace milenios excedentarios en su producción de recursos, ya sean agrícolas o ganaderos. Sólo unos pocos grupos reducidos en zonas muy concretas de la geografía continental han mantenido en los últimos milenios formas de caza y recolección. Por ejemplo, los san o bosquimanos en el sur o los pigmeos en el bosque ecuatorial. Las diferencias entre el norte y el sur se dieron por el desarrollo de una relación distinta con el entorno natural que marcó el porvenir de los pueblos y los condujo por caminos divergentes. Tanto europeos antiguos como africanos buscaron que sus sociedades aumentaran en número de individuos y que la seguridad alimentaria se complementase con la militar. No obstante, unos tuvieron que lidiar con inviernos extremos y otros no. La naturaleza, acogedora y materna en el sur, se tornó imprevisible y hostil en el norte. Los pueblos indoeuropeos llegaron a profesar un respeto cercano al temor por la naturaleza, el grueso de los dioses de los panteones al norte del Mediterráneo representaban

fuerzas naturales que resultaban al mismo tiempo amenazadoras y peligrosas. Incluso los mismos dioses se percibían como volubles y poco fiables. De manera progresiva se fue conformando la idea de la naturaleza como algo distinto al ser humano, como algo separado. En contraste, en el neolítico sahariano o nilótico los humanos formaban parte integrante del mundo y de sus fuerzas naturales, mientras que los dioses, en muchos casos de síntesis humano-animal, eran percibidos de manera más próxima. En definitiva, la humanidad neolítica africana se dirigió hacia la seguridad excedentaria sin romper ni distanciarse de su entorno natural, más bien se articuló en él y buscó su favor, quizá porque las condiciones medioambientales y políticas fueron menos difíciles que en el norte.

Esta diferencia en la manera de percibir el mundo, aunque pertenezca al campo del pensamiento, marcó el desarrollo de una historia africana en la que durante milenios sus sociedades estuvieron, y siguen estando hoy en día, ligadas de forma íntima con la tierra y la naturaleza, con sus creencias religiosas particulares que, en la mayoría de los casos, situaba a dioses, ancestros y espíritus menores en la órbita de las fuerzas naturales. Como veremos a lo largo de estas páginas, las religiones africanas tuvieron un peso determinante incluso en la formación de los grandes imperios de la época clásica.